



Círculo Rojo

El cielo en tu mirada

EL CIELO EN TU MIRADA



SIDNEY VALDEZ

Primera edición: noviembre 2020

ISBN: 978-84-1374-880-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sidney Valdez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Mamá y papá:
Gracias por dar este salto de fe conmigo.
Nada de esto hubiera sido posible sin ustedes.*

*Para Lucrecia, la mujer que inspiró esta historia.
Ojalá pudieras leerla.
Desearía haberte contado de este libro.*

O

—Quizá deberías dejar de llorar por él —opinó Lucía.

—Quizá el debió pensar en mí antes de hacer todo esto —contesté sin ganas.

—Jessica, acabarás la escuela y no lo volverás a ver. Por el momento concéntrate en terminar la universidad y disfrutar el tiempo que te queda, realmente no creo que debas atormentarte por él, simplemente déjalo que viva con sus malas decisiones.

Ella estaba sentada en la orilla de la cama, con su barbilla en las rodillas, viéndome como si yo estuviera esquivando algo obvio.

—Simplemente no puedo creer que esto pasara, éramos... felices.

Mi afirmación había sonado más como una pregunta. ¿Lo éramos?

—Déjalo, tú escribirás muchos libros y viajarás por el mundo como siempre has querido y él se arrepentirá porque nunca podrá volverte a tener.

Mi hermana sabía qué decir en muchas ocasiones, era lo que más me gustaba de ella, hablando con ella por solo cinco minutos lo que me atormentaba siempre desaparecía.

—¿Lo harás? —me preguntó mientras se sentaba y tomaba el vaso con tequila de mis manos para de un solo movimiento de cabeza vaciarlo.

—Sí, supongo que lo haré... eres menor de edad.

Darme cuenta de eso me hizo estirarme y quitarle el vaso de las manos.

—Solo por las siguientes semanas... ¿Crees que no lo he hecho antes? —señaló la botella y su expresión cambió, algo en mí le causaba gracia.

Negué con la cabeza. Lucía se había criado sola los últimos tres años... Me tenía a mí, pero a veces mi realidad me consumía y ella actuaba como la adulta.

También tenía a mi papá, se podría decir... solo me tenía a mí y yo estaba haciendo muy mal mi papel de hermana mayor.

Había pasado los últimos días sintiéndome miserable, sintiendo cómo el techo me podía caer encima en cualquier momento por haber confiado tanto en las personas.

—¿Cómo te enteraste?

—Esas noticias vuelan por todo el campus, más si saben que él tenía una relación estable, las personas solamente se morían porque yo lo supiera, fui muy tonta.

Había logrado contestar esa pregunta en automático, estaba más preocupada por el daño que le iba a hacer a la vida de Lucía si seguía siendo tan inestable.

—Todos tenemos nuestros momentos —negó energéticamente mi aún adolescente hermana.

—Tú no puedes saber de eso.

—Créeme, lo sé. —Ahí estaba nuevamente su actitud de adulto, ¿algún día podría yo lucir igual? — Solo prométeme que buscarás algo mejor que eso, alguien que definitivamente pueda valorar más lo que tiene frente a él y que no simplemente lo tire por la borda.

Asentí.

Pensé un momento en qué hacer, en realidad necesitaba dormir, pero una parte de quedarme sola en mi habitación no me agradaba, yo sabía que comenzaría a llorar y era algo que no quería experimentar, tenía días viviéndolo. Las llamadas que mi celular recibía pasaban directamente al buzón. Contestarlas no figuraba en mis prioridades.

Me prometía mentalmente a mí misma no volver a lo mismo, no volver a una relación con él ni nadie similar a él; si era cierto que merecía algo mejor, simplemente me debía alejar, quería tantas cosas y no parecía justo quedarme en lo mismo. Necesitaba un cambio. Cada célula de mi cuerpo lo pedía. A partir de ese momento sería una persona diferente.

I

—¿Sabes lo difícil que es encontrar velas en este supermercado? —me reprochó Katia haciendo comillas con sus dedos al mencionar la última palabra.

—Sabes que son solo cuatro paredes con cosas dentro, ni siquiera es una tienda, tú decidiste ir.

El capricho de Katia por organizarle una fiesta de cumpleaños a nuestra vecina me causó dolor de cabeza toda la semana anterior.

—¿Quieres ayudarme a preparar todo? —La oleada de emoción que se coló en su voz era innegable.

Mi mirada dijo suficiente, ella asintió y se metió a la cocina.

Intenté no prestar mucha atención a los reclamos de Katia de cómo haría todo ella sola y lo poco que me emocionaban las fiestas; me concentré en el archivo en blanco que tenía frente a mis ojos, me faltaba mucho por escribir.

—¿En serio no quieres ayudarme? —Katia asomó su cara de puchero por la puerta de la cocina.

Su cabello era como una cascada de múltiples colores. Ella siempre bromeaba diciendo que las tuberías de su papá no funcionaban muy bien y por eso su cabello era de tres tonos distintos: rojo, castaño y rubio. Eso era una tontería para mí porque su papá aún no llegaba a los cincuenta años cuando ella nació. Su cabello era extraño, pero de alguna forma bello, podía asegurar que cualquier estilista que intentara replicarlo fallaría.

—Jessica... —Golpeó levemente la pared y me regresé a la tierra.

Mierda. No se movería hasta que contestara.

—¿Tengo alternativa?

—No.

¿Por qué accedí a vivir con ella? Comparten gastos y respeta levemente tu espacio.

En ese momento no tomé en cuenta lo mucho que me gusta la soledad y el silencio.

—¿Podrías sacar recipientes de vidrio pequeños para la salsa? —me ordenó mientras acomodaba las botanas en charolas.

—Aproximadamente... ¿cuántas personas vendrán? —me mantuve ocupada buscando entre los cajones.

—Será solo una pequeña reunión, aquí no cabe mucha gente, vendrán como solo quince personas.

Respiré, muy capaz de sentir la mueca de dolor que se hacía en mi cara. No tenía problema con las fiestas, era muy partidaria de ellas, pero no en mi departamento del tamaño de una caja de zapatos y mucho menos con solo compañeros de trabajo de Katia, personas que conocía muy remotamente.

—¿Necesitas algo más? —Giré para verla después de hacer de forma muy lenta y mediocre la única tarea que me otorgó.

—Que estés interesada. Ahora largo de aquí, necesitas un baño y una tonelada de maquillaje. Debes empezar a dormir, trabajas toda la noche. Vas a envejecer más pronto.

—¡Eres increíblemente molesta! —exclamé.

No pasó mucho tiempo cuando se empezaron a oír voces en la sala de nuestro departamento, en el cual no cabían más de diez personas.

Tecléé rápidamente:

—¿Vendrás a la reunión?

—¿De qué hablas, Jessy?

—¿Es en serio, David?

—¡Ya llegaron! —Katia entró corriendo a mi habitación

Se encontraba con un vestido azul, ondas en su cabello multicolor y maquillada. La había dejado en la cocina hacía apenas una hora, eso debía marcar un récord para ella, siempre tardaba horas en arreglarse.

—Así que... ¿hoy seremos gemelas? —dijo señalando mis ondas sin terminar, mientras yo tenía la mirada fija en la pantalla del celular.

Escribiendo...

—¿Cómo es que te arreglaste tan rápido?

—Soy una maravilla, ¿cierto? —se halagó mientras tomaba mechones de mi cabello y utilizaba la rizador en ellos.

Disculpa, el trabajo me ha consumido. Karla tiene una reunión en tu departamento. Lo recuerdo.

KATIA. K - A - T - I - A.

¿Cómo es que nunca recordaba el nombre de mi mejor amiga de años?

—Olvidé lo que te venía a decir. —Katia se dio un pequeño golpe en la frente con su mano—. Tus posibles citas de hoy llegaron.

Sentí mi expresión cambiar. No sabía si dirigir mi furia hacia ella o al celular.

—¿Qué? —gritó al verme en el reflejo del espejo.

Me levanté y me dirigí a la puerta, hacia la blusa de encaje negra y el pantalón de mezclilla que dejé colgados, me quité mi pijama para cambiarme de ropa, sabiendo que Katia seguía ahí, pero cruzamos esa línea de amistad en la que no tenía pudor con ella.

Las ondas de mi cabello lucían mejor de lo que podía esperar. Levanté la cabeza, Katia seguía esperando una respuesta, tomé aire y contesté.

—Estoy saliendo con David, ¿no lo habíamos hablado ya?

—Solo te pido que los conozcas. —Juntó sus manos como súplica.

—No —gruñí—. David vendrá cuando salga del trabajo.

—¿Segura de eso? ¿Apostarías la vida en ello? Si mi vida dependiera de un idiota como tu novio, yo no estaría muy confiada.

—Qué bueno que ese no es el caso.

—No vendrá y tú lo sabes. David vive para trabajar, evadirte y lamer la suela de los zapatos de su mami.

—¡Odio cuando haces eso! —La señalé molesta—. David vendrá y eso es todo.

—¿Apostamos? —me observó inocentemente—. ¿10 *shots* de tequila?

Le tomé la mano sabiendo que estaba jodida. En la lista de prioridades de David yo ni siquiera estaba segura de figurar.

¿Vendrás? Mi reputación está en juego con Katia, no me dejará en paz si me dejas plantada otra vez.

Escribiendo...

Observé el celular por un minuto entero antes de darme cuenta de que Katia me esperaba en la puerta.

—Después de ti —me sonrió como si supiera que mi mente y cuerpo estaban maldiciendo a David. Mis tacones hacían ruido a cada paso, me concentré en eso para no explotar.

—Ven, te presentaré. —Me tomó de la mano y me guió hacia un pequeño grupo de personas que se encontraban conversando—. Chicos, les quiero presentar a mi compañera de piso, Jessica.

Había tres personas que, en general, fueron muy amistosas conmigo, un gesto que agradecí tomando en cuenta que no conocía a nadie. Al parecer todos eran compañeros de trabajo de Katia y Carolina. Supuse que sería una desconocida ese día.

—Ellos son compañeros del trabajo, en general los conocí por Carolina.

Mientras escuché a Katia parlotear como si no hubiera un mañana sobre los buenos y maravillosos amigos que eran y su experiencia conociéndolos, mi celular vibró. Ya había olvidado que estaba esperando un mensaje de David.

Tengo mucho trabajo, pequeña. Diviértete con tus amigas.

No me impresiona.

Escuché de fondo el timbre de la puerta y consideré eso como una oportunidad del destino para alejarme y maldecir a David sola.

—Iré a abrir la puerta —interrumpí amablemente a Katia—, no veo que nadie la atienda.

Katia parecía convencida y se giró con sus amigos para comenzar a hablar sobre un restaurante, antro o algo parecido al que quería ir con ellos. Caminé lo más rápido posible hacia la puerta y la abrí para después quedarme congelada viendo a la persona detrás de ella.

—Lucca.

—Jessica, qué sorpresa. —Honestamente no parecía sorprendido, más bien confundido—. Vengo a la fiesta de Carolina.

—Por supuesto. Adelante. —Me alejé y abrí la puerta tanto como se podía a señal de «pasa», él lo hizo y me sonrió.

Antes de que su intención de hablar saliera a la superficie, ubiqué a Katia entre las personas que hablaban con ella.

—Katia —no necesité levantar mucho mi voz para que ella se girara a verme y se acercara con una sonrisa bastante cálida, ellos se conocían—, con permiso.

Sonreí y me alejé tan rápido como pude.

No puede ser... Voy a vomitar.

Entré al baño y tomé el celular para enviar un mensaje a David. Antes de que pudiera teclear su nombre me di cuenta de que no era la persona a quien le podía contar esto, en realidad, no le podía contar casi nada, pero esto en especial me causaría problemas. Salí del baño derrotada, dándome cuenta de que la única persona con quien podía hablar estaba socializando en la sala de estar.

—Jessica, ¿me ayudas con las botanas? ¡Carolina está por llegar!

Asentí en automático.

De una rápida ojeada por la sala de estar me pude dar cuenta de que Lucca conocía a varias personas en esa habitación, lo que quería decir que trabajaba con ellos, con Carolina y quizá hasta con Katia.

—Katia, ¿cómo conoces a Lucca? —pregunté al entrar a la cocina—. Porque ese Lucca —señalé la sala de estar— es del que te hablé... cuando pasó lo de David y busqué consuelo en alguien.

La expresión de Katia cambió y me di cuenta de que la breve descripción que le di estaba funcionando.

—¿Con el que...? —dejó la pregunta el aire mientras movía las caderas contra el refrigerador.

—Solo no quiero estar aquí si él está también. —La miré con enojo para que detuviera lo que estaba haciendo.

—¿Te recuerda tu época de mujer resbalosa y fácil?

—Eres horrible. ¿Por qué vivo contigo?

—Porque no tienes escapatoria. Estuviste con él tres días por despecho, cuando David te engañó, todos lo hacemos. Olvídalo, probablemente él ni lo recuerde. Fue hace muchos años. Trabaja conmigo desde hace más de un mes, nuestros escritorios están uno frente a otro y él parece bastante decente. —Al ver mi poco convencimiento, agregó—: Esto es por Carolina, ¿sí? Simplemente no te acerques a él y hagamos que este día lo podamos disfrutar todos.

—Está bien.

Katia corrió a abrir la puerta y al ser Carolina todos se abalanzaron a abrazarla. Me quedé lanzando totopos en uno de los recipientes.

—Jessica, ¿necesitas ayuda? —Yo conocía muy bien esa voz.

Quiero señalar que ninguno de mis planes de evitarlo tuvo éxito.

—No, gracias. Yo puedo, ya casi acabo todo —contesté intentando no darle importancia a su intento por acercarse más.

—¿Cómo estás? No he sabido de ti desde hace mucho. —Su voz se escuchaba más cerca, lo que me erizó la piel.

Continué revolviendo la salsa fingiendo desinterés en él.

—Muy bien, han pasado años. Espero que tú también estés bien.

Ahora vete.

—¿Cómo conoces a Katia?

—Es mi compañera de departamento.

—Así que... ¿esta es tu casa? —Me sonrió con sus prácticamente perfectos dientes—. ¿Y la pelirroja es tu compañera? —Parecía emocionado por alguna razón, yo no entendía bien por qué.

—Así es —asentí sin dejar lo que hacía.

—¡Aquí estás! —Katia entró a la cocina sujetando a Carolina por el brazo, agradecí su interrupción por primera vez en mucho tiempo. Abracé a la rubia y la felicité por un año más de vida, esperando que eso hiciera que Lucca se fuera.

—Un año más, ¿pueden creerlo? —Estiró sus perfectamente torneados brazos y nos abrazó.

La verdad es que no, yo no estaba muy lejos de cumplir la misma edad que Carolina y sentía que los años pasaban sin darme la oportunidad de hacer todo lo que me proponía.

Caminé con ellas fuera de la cocina y una bebida de tequila llegó a mi mano; la olfateo para asegurarme de que no fuera vodka. Todo en orden.

—Me gusta tu casa, ¿sabes?, pero me gusta más saber dónde vives, cuando nos graduamos de la universidad desapareciste.

La voz de Lucca era muy difícil de olvidar.

—Gracias, pero deberías decirle eso a Katia, yo solo me encargué de arreglar mi habitación, el resto de la casa fue decorado gracias a ella.

Pasé el resto de la tarde evadiéndolo, cuando ya llevaba cerca de cuatro vasos me di cuenta de que la idea de hablar con él no era tan descabellada. Quizá podíamos ser amigos.

Si David sabe de esto, podría lastimar sus sentimientos.

Katia tomó mi vaso, lo rellenó y me besó la frente antes de organizar a varias personas para jugar póker en la mesa de centro.

Tomé mi celular, ninguna llamada o mensaje nuevo. *Que David se joda.*

—¿Qué ha sido de ti? —Me acerqué a Lucca sintiendo la valentía proporcionada por el alcohol.

—Terminé la universidad, trabajo en la compañía de mercadotecnia donde está Katia, quien no tenía ni idea de que te conocía. Soy contador ahí.

Asentí y tomé otro sorbo de mi vaso, extrañamente lo llevaba a la mitad.

—¿Dónde trabajas? —preguntó después de ver mi silencio.

—En el periódico local, escribo la columna diaria de política y economía, una vez a la semana tengo una pequeña columna de gobierno, tratados, leyes, ya sabes. Tengo un blog sobre viajes en redes sociales y el verano pasado fui voluntaria en África, fue maravilloso. Lo documenté todo, está en videos en YouTube e Instagram. Tengo algunos seguidores.

—Tu vida parece mucho más interesante que la mía.

—Las apariencias engañan. —Bebí el último sorbo de mi vaso.

—Me gustaría escuchar sobre ese viaje, quizá podríamos hablar de ello con comida. ¿Mañana?

—Yo... —Podía ser mala, pero no lo tanto como para salir con alguien de mi pasado y olvidarme de David—. ... estoy saliendo con alguien, no sé si eso sea raro.

—Solo es salir a comer. —Levantó las manos en señal de rendición.

Honestamente, no tenía nada que perder. Asentí y bebí el resto de mi vaso de un sorbo.

—Paso por ti a las 14:00 h.

Dos horas después la fiesta parecía estar acabándose, y con ella la cantidad de invitados que se encontraban ahí. Pasaba medianoche cuando se fue la mayoría y Lucca fue de los últimos en retirarse. Antes de salir por la puerta, me recordó nuestro compromiso mañana e intercambiamos números.

—No me dejas emparejarte con nadie, pero quedas en verte con alguien cuando no estoy mirando... —Negó con su boca pegada a un vaso—. Eres tan zorra como siempre.

Eso saliendo de la boca de Katia era un cumplido. Sonreí con superioridad.

—Es un amigo.

—Recuerdo cuando me contaste lo amigable que fue contigo.

—Basta.

—Por lo menos tendrás una cita con alguien que no sea el bueno-para-no-mucho-e-infiel de tu novio, quien, por cierto, no vino. Me debes diez *shots*.

Lo anterior le dio un impulso desconocido, corrió por la cocina y apareció con una botella y un vaso diminuto. Yo no tenía alternativa, así que rellené un vaso y tragué el líquido transparente diez veces.

—No sé cómo haces para soportar la ausencia de David. Joshua está muy poco y eso nos ocasiona peleas de muerte. Admiro la manera en la que te logras contener para no gritarle a David.

La situación le dio a Katia la oportunidad de tirarse en la alfombra de la sala y beber hasta que empezó a hablar de su relación perfecta, buscándole cualquier defecto. Honesta-

mente, a veces creía que ella buscaba conflictos para sentirse viva.

—Tus compañeros del trabajo son muy aburridos. Esto ni siquiera se puede considerar una reunión social decente. Nadie vomitó en la alfombra.

—Mi cambio de conversación funcionó.

—¿Qué esperabas de un grupo de Godínez? ¡Muero de cansancio! —Se acostó en el sillón—. Como sé que te gusta limpiar, te dejaré para que te relajes, buenas noches. —Se levantó, me pasó de largo y se fue a su habitación. Dios. La amaba y odiaba al mismo tiempo.

La alarma de mi celular sonó al día siguiente, acompañada por los rayos de sol que se lograban colar por mi ventana. Miré hacia el reloj: 7:00 a. m. *Mierda*. Dormí menos de cuatro horas. Tomé mi desayuno y me senté frente a mi *laptop*. Últimamente me era muy difícil escribir mi columna; cuando creía llevar un gran avance, lo leía y decidía borrarlo todo.

—¡Buenos días!

La voz de Katia era inconfundible.

—Buenos días, al fin despiertas. El desayuno está en la estufa. —Señalé mientras buscaba inspiración dentro de mi ser.

Cuando por fin logré terminar mi trabajo, con un dolor de cabeza soportable, ocasionado por el estrés de no encontrar mi inspiración, mi celular timbró, lo tomé en mis manos y observé un nombre bastante conocido.

—¿Diga?

—Buenos días. ¿Te desperté?

—Estaba despierta desde hace un rato.

—¿Cómo estuvo tu reunión de ayer?

—Pasable. Eran mayormente amigos de Katia.

—¿Podemos ir a comer hoy? Quiero verte.

Algo me parecía fuera de lugar. Escarbé en mi memoria hasta recordar a Lucca. *Mierda*.

—De hecho, voy a salir con alguien por la tarde.

—¿Katia?

—No, un amigo con el que me encontré ayer.

Hubo un rato de silencio y después el habló.

—Llámame cuando llegues a tu departamento.

Colgué y me enfrenté a la mirada de Katia. Sentí llamas salir de mis ojos incluso antes de que ella hiciera algún comentario sarcástico de mi extraña y poco atractiva relación.

—Ni siquiera gastaré saliva. —Levantó las manos en señal de rendición y sonrió satisfactoriamente—. Mereces algo mejor. Quizá Lucca sea la respuesta. Si te aburres, siempre puedes volver aquí, Joshua vendrá y pasaremos toda la tarde buscando una película que no hayamos visto en Netflix.

Katia y Joshua eran dos de las personas que conocía que más se amaban, llevaban juntos alrededor de dos años y en ese tiempo habían terminado y se habían reconciliado más de cinco veces. Me gustaba mucho estar con ellos, pero su relación me llegaba a empalagar.

Agradecí y corrí a mi habitación para comenzar a organizar lo que me pondría. Me duché y metí mi cuerpo dentro de un pantalón de mezclilla y una blusa azul que combinaba con los tacones más cómodos que tenía. Veinte minutos después estaba corriendo a la puerta principal para encontrarme con Lucca luciendo tan normal y atractivo como siempre.

—¡Adiós, Katia!—exclamé antes de salir del departamento.

Subí a su auto y mientras él conducía me di la oportunidad de mirarlo detalladamente por primera vez desde el día anterior; siempre fue delgado, antes tenía músculos que

habían desaparecido. Ahora se vestía como adulto decente, quizá la falta de músculos lo hizo cubrirse más. La última vez que lo vi buscaba cualquier excusa para enseñar sus brazos. Era alto, más que yo, pero ¿quién no?

Tenía una cara muy bonita, pero estaba segura de que ni él lo sabía. Era ese tipo de personas que asumen que son físicamente ordinarias. Eso me agradaba.

—Te llevaré a mi lugar favorito, quizá te guste, es original.

Lo original era cierto, si se tomaba en cuenta que era una cafetería bastante pequeña, con no más de seis mesas y una carta reducida a sándwiches, postres, bebidas y ensaladas.

—Me gusta —dije mirando alrededor—, quizá sea mi siguiente lugar favorito.

—Aquí puedes escribir cuando te harte la voz de Katia.

—Entonces estaré aquí todos los días —le sonreí mientras recargaba mi barbilla en mi mano.

Por un momento mis preocupaciones de salir con él parecen ilógicas. Necesitaba una salida con alguien que no fuera David. Tomamos un menú y pedí lo más sensato y rápido que se me ocurrió considerando que moría de hambre.

—¿Quién es el afortunado? —Lucca puso sus codos en la mesa entregándome su entera atención—. La última vez que te vi acababas de terminar una relación de... ¿años?

—Dos años, sí. Pues... es algo complicado.

¿Cómo le explicaba que había caído en el mismo hoyo? Solo que ahora David parecía ser una persona diferente a la que era antes. Quien lo conocía últimamente no podría creer que en algún punto la infidelidad cruzó por su camino. Era tan... adicto al trabajo.

—Puedo entender lo complicado.

Ya que...

—¿Recuerdas a mi exnovio, David? El de la universidad. —Él asintió—. Bueno, volvimos... Nos reencontramos dos años después de que terminamos y ya llevamos casi tres años juntos y... es una persona extrañamente diferente y... creo que el rompimiento le sirvió y... —Mis palabras se atropellaban unas contra otras, me era muy complicado explicarles a las personas que volví con alguien que me hizo tanto daño—. Sé que suena patético. Pero ambos estábamos solos, hablamos de lo que pasó y decidimos intentarlo.

—No suena patético. —Me sonrió—. Es suicida.

Sentí mi cara caer. Aparentemente él lo notó y agregó:

—Respeto tu decisión. Personalmente no lo hubiera hecho. Creo que la traición es algo imperdonable, pero a algunas parejas les funciona la reconciliación, para mí es pérdida de tiempo. En algún punto, si terminan, te atormentarán los años perdidos.

Era cierto. Pero una parte de mí quería pensar que él está equivocado.

El resto de la tarde transcurrió entre sus múltiples historias en la oficina y su familia. Me preguntó por la mía y mis siguientes viajes; aunque aún no tenía fijado el destino, sabía que quería hacerlo ese verano, a un lugar nuevo, con una historia que me permitiera hacer varios blogs y relatos para la columna.

Cuatro horas después llegué a mi departamento, me despedí de él, prometiendo repetir la salida y subí para encontrarme con Katia y Joshua besuqueándose en el sillón.

—No los estoy viendo —advertí—. Hola, Joshua. Nos vemos más tarde.

Corrí a mi habitación.

Ya estoy en casa, teclé con la esperanza de que él fuera mi salida.

¿Paso por ti?

Por favor.

Corrí de regreso a la sala y me despedí de ambos en el marco de la puerta, sabiendo que lo único que quería era esperar a David en la acera. Un Mustang gris se estacionó frente a mí y él bajó para abrir la puerta y que subiera. Ya estando ahí, me sentí salvada. Manejé por alrededor de diez minutos con música de piano como fondo. Durante todo el camino me hizo preguntas sobre mi día, me hablaba del suyo aun cuando no le preguntaba.

—¿Con quién saliste? —preguntó por fin.

—Lucca. Un amigo de la universidad.

Él no preguntó nada más. Honestamente no parecía muy interesado, sentí que, si lo preguntó, fue por compromiso o protocolo. Nos estacionamos en un parque y caminamos a la heladería que solíamos frecuentar, había personas haciendo fila para ser atendidas, quizá fuera por su bastante famoso helado de *brownie*. O quizá solo lo pensaba yo.

Me senté en una banca del parque frente a la heladería con David. Tomé cucharadas de helado mientras miraba su perfil, tenía una nariz muy bonita. Estaba hablando de cosas que no me interesaban mucho y opté por ver sus facciones. Mi mente voló años atrás y regresé a la universidad, cuando creí que iba a morir, que el cielo me caería encima y moriría desangrada, esa había sido la segunda vez que pensé que la vida me odiaba, la primera fue cuando ocurrió el accidente y conocí el sufrimiento de verdad. Ni siquiera lo que David hizo cinco años atrás había logrado dañarme tanto como lo de mi mamá.

—Jessy..., ¿me estás escuchando?

—Siempre —atropellé mi respuesta fuera de mi boca mientras volvía a la realidad.

David me sonrió, creyéndome cada palabra y siguió parlotando sobre su trabajo, mientras yo giraba alrededor de algo que Lucca mencionó y no podía olvidar. Cuando la conversación con David parecía muerta, me di cuenta de que era momento de sacarlo a colación.

—Estoy pensando hacer otro viaje.

—¿Voluntariado?

—No precisamente. Estaba pensando en hacer un viaje de investigación para sacar nuevos capítulos de blogs, hasta el momento sigo exprimiendo el viaje a África y he estado escribiendo bastante sobre la situación económica del país en la columna, pero necesito nuevo material.

—¿A dónde piensas ir? —Ni siquiera me miró, tenía su vista fija en la calle de enfrente, observando los cambios de color en el semáforo.

—Aún no lo sé. Hay muchos lugares.

—Es tu trabajo. Haz lo que consideres mejor.

—¿Te molestaría que me fuera unas semanas? —Ni siquiera sé por qué lo estaba preguntando, quizá una parte de mí quería saber si le importaba.

—No eres un árbol, Jessy.

Me observó unos segundos, me ofreció una sonrisa que conectó con sus ojos y media hora después estaba besándome fuera de mi departamento antes de irse. *Es domingo*, me repetí. El solo está pensando en su trabajo mañana. Esto no debería molestarme.

Me cambié a mi pijama más cómoda, retiré el maquillaje de mi cara y me lancé en mi cama. Tomé mi celular por última vez, David no había enviado nada, ni siquiera avisó de que llegó a su casa. No me impresionaba. Barajé la posibilidad de llamarle, eran pasadas las diez, no iba a contestar. Regresé mi celular a la mesa de noche y abracé mi almohada.